

Suscripción (Pago adelantado). En Andalucía 6 pesetas trimestre.—Reste de España, 7'50.—Extranjero, 15.—Número suelto: DIEZ céntimos.

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA
DIARIO

DIARIO DE LA MAÑANA. ÚLTIMAS NOTICIAS DE LA MADRUGADA

FRANQUEO
CONCERTADO

LA CORONA DE CRISTO ES EL PODER Y LA SOBERANÍA MÁS GRANDE QUE HAY, HA HABIDO Y HABRÁ EN EL MUNDO

Dedicado a mi querido amigo don Juan Seco Gálvez, en Cabeza del Buey.

Los soldados, tejiendo una corona de espinas, la pusieron sobre la cabeza de Cristo y le vistieron con un manto de púrpura. Evangelio de San Juan, capítulo 19, versículo 2.º. Los soldados del pretorio declaran sin darse cuenta la Soberanía de Cristo, que es la más grande de todas las soberanías.

Los sabios maestros en moderno derecho político discuten sobre lo que ellos llaman el origen, la razón y el asiento de la soberanía o sea la justificación del poder político social del Estado. Problema es este muy bien resuelto por la filosofía cristiana y por los escolásticos, que tan perfectamente resuelven los problemas filosóficos y políticos y, sobre todo por el Angel y maestro Santo Tomás de Aquino. Para ellos el poder originariamente procede de Dios, encarna en el supremo gobernante del Estado y lo ejerce la nación toda por medio de esos organismos que se llaman poderes o funciones y que no son otra cosa que los medios de acción que el Estado tiene para el ejercicio de su vida y el ejercicio de su soberanía. El Apóstol San Pablo en su Epístola de los romanos, capítulo 13, versículo 1.º, dice: No hay potestad sino de Dios, o lo que es lo mismo, los hombres específicamente todos somos iguales, ninguno tiene potestad sobre otro, sólo emana el poder social de Dios, que por razones sociales ordena y quiere que unos tengan el poder y otros obedezcan. El mismo Santo Apóstol sigue en el versículo 2.º y dice: Por lo tanto, el que resiste a esa potestad resiste a la ordenación divina.

Bien se ve que la filosofía cristiana es la más expresiva, la más lógica y la más racional en el terreno del derecho político. De forma que la Soberanía en el concepto cristiano radica en Dios; y encarna en el jefe del Estado, ya sea éste Monarca o Presidente de República o Emperador; es decir jefe, sea cualquiera su denominación, y la explicación racional es muy sencilla.

La sociedad es un organismo, que no es un mecanismo, y organismo es un conjunto de seres vivos, que mediante una relación vital forman un todo, que es la totalidad personal viviente. Un hombre no es un montón de moléculas, no es un mecanismo, es un ser compuesto de células vivas, que tienen su función propia, y que mediante la relación constituyen un todo, que vive con vida total, a la cual cada célula concurre y coadyuva. Lo mismo es la sociedad; en esta sociedad cada individuo es una célula, con vida propia, pero en virtud de la relación todos viven armonizados y contribuyen al fin total. En esta organización hay dos fuerzas; una centrífuga, que dirige la unión, y otra centrífuga, que tiende a la separación. De la armonía u organización de ambas fuerzas resulta el orden, o sea la vida social.

Pues bien, Dios Nuestro Señor ha hecho la sociedad porque ha hecho al hombre, y lo ha hecho sociable. De que el hombre es sociable nos da pruebas la experimentación; lo demuestra el sentido común, o sea el sentir uniforme de los hombres todos. Podrá decir el Gran Russeau, que la sociedad procede de un pacto o contrato; pero este concepto respetable, porque procede de un sabio, es equívoco, y esto se debe a que los hombres, por sabios que sean, sufren equivocaciones. Además, la doctrina de Russeau conduce fácilmente al anarquismo, puesto que aquello que se formó por un pacto puede disolverse, porque los contratos dejan de tener fuerza por otro contrato en contra del primero. Ahora bien, la sociedad es así, porque Dios ha querido que los hombres sean sociables y por lo tanto que vivan en sociedad. Luego la sociedad es derecho natural, es de origen divino y así lo dicen también Grosio y Puffendorf.

Dios ha hecho la sociedad y por tanto la ha dotado de todo aquello que es preciso para el constitutivo esencial de la misma, porque hay un

principio filosófico que dice: Dios no abunda en lo superfluo, pero no falta en lo necesario. El poder es esencialmente preciso en el constitutivo social; luego Dios es el autor del poder, porque sin poder central no hay orden, y por tanto no hay sociedad. El predominio de ese poder o fuerza centrípeta origina la tiranía, que es un vicio social, y muy grande, que ya estudió en su tiempo el célebre filósofo de Estajira. Y el predominio de libertad individual, fuerza centrífuga, trae consigo la anarquía, que es otro vicio social. Ambos poderes relacionados forman el orden que debe haber en la sociedad. De aquí el que Dios haya hecho el poder, porque el poder es elemento esencial a la sociedad.

Este es el modo de pensar de la filosofía cristiana; por eso dice el Santo Apóstol: Toda potestad procede de Dios. Esta hermosa doctrina enfrena lo mismo al poder central que al poder individual o subjetivo, o sea, como dicen los escritores modernos: al orden objetivo y al individual o subjetivo. Modera al objetivo, porque el gobernante tiene una potestad o soberanía que no es suya, porque se la ha dado Dios. Es un poder legítimo, pero no propio sino en precario. Así el individualismo modera al objetivismo, y a su vez es moderado por el objetivo. Porque Dios nos manda obedecer a los gobernantes, y él que no los obedece resiste a sus mandatos divinos, pero manda a los gobernantes que ejerzan su poder con prudencia y con moderación, y de ello han de dar cuenta a Dios que le ha entregado la soberanía.

Ponemos estas reflexiones como prenotado a la proposición sentada; o sea que los soldados romanos cuando coronaron a Cristo, sin darse cuenta declararon la soberanía de Jesús. Estas reflexiones pueden explicarse por los siguientes teoremas filosóficos. La filosofía dice así. En todo ser que obra hay un principio radical de operación, hay otro principio próximo de operación y otro principio total, que es el sujeto que obra. Así por ejemplo el organismo hombre obra por el principio radical que es su sustancia primitiva, que es su vida humana, pero obra en cada caso por un órgano particular y determinado, y en resumen total quien obra y es responsable de todos sus actos es el hombre. Pues así en la sociedad el poder originario, el principio radical de operación es Dios, el órgano inmediato de operación es el poder, y el principio o supuesto de toda operación es la ración o Estado.

Otro problema, y muy importante, es averiguar cómo el título originario se convierte en hecho, es decir cómo pasamos del derecho a la realidad en el ser.

El hecho o modo cómo el título pasa a ser prácticamente un hecho, es un punto en el que más se descrepa y diferencia la soberanía en que se funda el hecho del poder de los demás hombres. Porque la soberanía de Cristo es de hecho también divina, y por el contrario el modo por el que se concreta y convierte en hecho la soberanía humana es también humano, y no pocas veces poco estimable y aceptable. En la mayor parte de los casos el origen histórico, o modo de empezar el poder humano, es la violencia y la fuerza, y ya sabemos en buenos principios de derecho que la violencia y la fuerza no es origen jurídico. Otras veces es el sufragio del pueblo, pero el sufragio es una mentira, porque los que votan lo hacen generalmente por egoísmo; segundo porque en ninguna elección vota todo el pueblo, sino una exigua minoría; tercero porque la elección en la inmensa mayoría de los casos es una ficción y el resultado es siempre el previsto y querido por unos cuantos vividores que tuercen y fingen lo que suele llamarse Voluntad Nacional.

Lo que corrientemente nos dice la historia que es la maestra de la vida, es que la entronización del poder de los gobiernos temporales es el hecho

antijurídico de la guerra. Y así si no remontamos a tiempos antiguos ¿Quién dió el trono a Alejandro? Las batallas de Queronea, Granico, Ipso y Albelda. ¿Quién a César? La batalla de Farsalia. ¿Quién a Augusto? La batalla de Actium. ¿Quién a Constantino? La batalla en el puente Mirbio. A Pelayo la de Covadonga, a los Reyes Católicos la de Toro y a Felipe V la de Almansa. En suma la historia dice que el hecho originario de la mayor parte de los poderes constituidos es el militarismo o sea siempre los soldados; es decir que el derecho jurídico que forma el modo originario de convertirse el derecho a en derecho en es un hecho antijurídico. Y aun a veces un hecho criminoso, así en Cataluña el fratricidio de Berenguer Ramón que da muerte a su hermano Ramón Berenguer, y Enrique II que asesina a su hermano Pedro en Montiel; el de Pedro IV el cerimonioso que da muerte a su primo el Rey de Mallorca, y el de Isabel de Inglaterra que hace matar a la bendita María Estuardo, y otros tantos que nos dice la historia y que justifican nuestro pensamiento. Aho-

gal y a Navarra, o lo que es lo mismo, las tropas proclaman y reconocen rey al vencedor. Los soldados romanos proclaman la Corona de Jesús en el momento que se muestra humillado y vencido. Contemplemos a Cristo encerrado en una especie de cuerpo de guardia, o mejor en una especie de calabozo muy apropiado para espantar al hombre más esforzado. Allí entre unos soldados, que sin saber por qué, odian aquella inocente víctima, e injuriado con palabras y con escarnios, como dice el evangelista San Juan en el capítulo y versículo ya citados. Tejen una Corona de juncos espinosos, la colocan sobre sus sienes y lo proclaman Rey; lo raro es que esta proclamación sacrilega y brutal, es la más eficaz y la más cierta de cuantas proclamaciones ha habido en el mundo. Pero no es esto sólo, sino que después de los soldados el jefe romano proclama la Soberanía de Jesús, y vemos que el pretor Pilatos coloca sobre la Corona de Jesús este escrito: «Jesú, Rey de los Judíos», y como los judíos se negaran a ello el pretor responde: Lo escrito, escrito

zens, que tan fuerte y robusta fue con el Gran Federico y en pleno siglo XIX con Guillermo, emperador de Alemania. ¿Dónde la dinastía del mejor general del siglo XVIII, vencedor en Ulma, Austerlitz y Jena, y aquel hombre que de simple soldado pasó las águilas francesas llenas de triunfo por todos los terrenos del Rin, Volga y Danubio, que por sí fuera poco dominar a los alemanes, austriacos, rusos y españoles, puso su vista en el Nilo, y ante las pirámides colosales de Egipto dijo a sus soldados: «Soldados franceses el mundo asombrado os contempla ante la tumba de los Faraones». ¿Dónde la suerte final de aquel Napoleón que en 1807 escribía aquella célebre carta contra el Pontífice Pío VII, en la que amenazaba con la separación de la obediencia al santo Padre si éste no se doblegaba a sus disposiciones. La historia, que es la realidad, nos presenta a Napoleón vencido, humillado y preso en Santa Elena; el que había afirmado que antes de veinte años las dinastías Napoleónicas las más antiguas, se ve antes de los veinte años encerrado en un castillo, y teniendo entre sus manos la imagen sagrada del único y verdadero rey, que es el que tiene Corona de espina, pide perdón y confiesa sus desgracias y sus yerros. No seguiremos ofreciendo más ejemplares para probar el aserto de que los poderes humanos por grandes que sean son caducos y perecederos. Nos contentaremos con recordar aquella hermosa estrofa del lírico Jorge Manrique.

¿Qué se hizo del rey don Juan?
¿Los infantes de Aragón qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán?
¿Qué fue de tanta invención como trujeron?

En resumen los gobernantes pasan, las dinastías se suceden, lo que no pasa es la Corona de espina con que los soldados coronan a Cristo, ni el título que pone Pilatos en la Cruz de Jesús Rey de los judíos. Luego la Corona de Cristo por sus circunstancias en el origen histórico y por su ilimitación en el tiempo es la más firme y Cristo es el más Rey de todos los reyes.

Puede decirse que todo esto ocurre por que Cristo no ha tenido guerra y no ha reñido batalla; mas contestaremos que Cristo ha reñido batallas más duras y empeñadas que ninguno de los reyes de la tierra, y han sido tanto más gloriosas cuanto más difíciles y más grandes sus enemigos. Recordemos las diez primeras persecuciones contra los cristianos que dieron más de catorce millones de mártires, y cuyas persecuciones tuvieron por resultado el triunfo de esa Corona y bien decía Tertuliano: «La sangre de los mártires es semilla de cristianos». Pero no es sólo esta lucha externa, sino una lucha o batalla interna que por que es íntima es más temible, pues ya se sabe que las luchas intestinas son las más peligrosas. Y veamos cómo se levantan errores propalados por sacerdotes y por monjes que ocultan su maldad y su odio a Cristo con la más refinada hipocresía. Primero Arrio niega la divinidad de Cristo, y su doctrina tanto se extiende que dijo el cordobés Osio: «El mundo tembló de verse arriano. Poco después Nestorio enseña que en Cristo hay dos personas, y por consiguiente destruye el dogma de la redención divina; después Eustiques afirma que en Jesús no hay más que una sola naturaleza y por tanto hecha por tierra la base y cimientos de la redención. Pero pasemos todo por que demostrar la fuerza de las batallas que ha reñido la Corona de Cristo es obra de la historia; no hagamos mención del cisma del siglo doce, que puso en peligro el reinado de Cristo; no hagamos mención del revolucionario monje Agustín Marín Lutero, quien arrancó con sus enseñanzas del seno de la Iglesia a los príncipes alemanes, a Inglaterra, parte de Francia, Suiza, Flandes y otros países antes católicos.

Recordemos la Enciclopedia, escuela de hombres tan notables como Russeau, Montalamber, Lerroux, Madame Anfantin; recordemos las maquinaciones de Pombal en Lusitania, Javier Moñinos en España, la Pompadour en Francia, José el Sacristán en Austria, en fin el panteísmo materialista de los siglos XVIII y XIX, y veremos con la historia que la Corona de Cristo está sobre tanto y tan poderoso enemigo, sigue en las sienes de Jesús la Corona y Cristo sigue siendo Rey hoy más que nunca, y

podemos decir aquellas magníficas palabras del poeta sevillano Fernando de Herrera en su oda a don Juan de Austria y refiriéndose a Cristo: «Y su ira los secó como a arista seca el fuego».

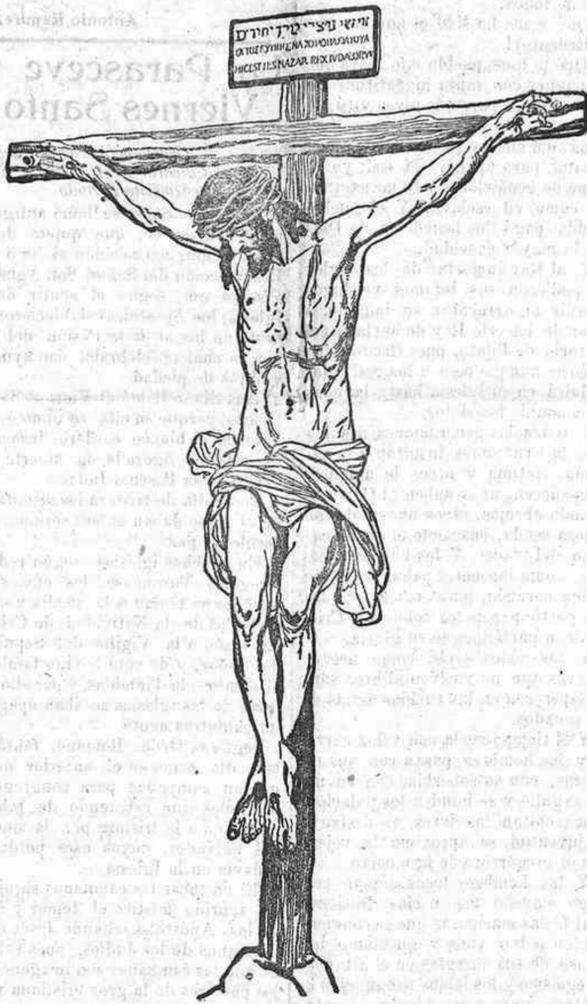
Pasáronse los reyes, pasáronse y pasarán las dinastías, pero permanecerá Cristo, y se cumplen sus palabras que dicen: «Pasará el cielo y la tierra y mis afirmaciones no pasarán», y es por que los demás poderes aún siendo legítimos y dignos, son poderes en precario, pero el poder de Cristo es en propiedad, porque la Corona de Cristo es Divina y la de los hombres es humana y lo humano, ha pasado, pasa y pasará. Don Nicolás Fernández y Andrade dice en su célebre Epístola a Fabio:

Pasáronse las nubes del verano.
El otoño pasó con sus racimos.
Pasó el invierno con sus nieves (cano).
Las hojas que en las altas selvas (vimos) cayeron.
Y nosotros a porfía en nuestro engaño inmóviles vivimos.

Es decir, pasó la juventud del verano, la virilidad del otoño, la vejez del invierno; pasaron las más fuertes y encumbradas instituciones, por que todo en el mundo es precario; lo único propio es Dios, y por tanto Cristo que no es rey únicamente terreno sino que es también divino, y por eso la Corona de Cristo es la única verdadera Corona.

Hay una razón metafísica que engrana perfectamente en el derecho político, y que explica el por qué del poder y del pueblo, y que demuestra filosóficamente la persona del estado, y que tiene aplicación a la Corona de Cristo. Es la teoría Aristotélica Tomista, de la materia prima y forma sustancial. En cada ser, según el maestro de Estajira y luego del Angel de las Escuelas, hay una materia prima de la cual se hace la cosa, y hay una forma sustancial que es la que da el ser específico a la cosa, sin esta materia y esta forma se considera en los seres vivientes racionales resulta la persona. Pues bien, el estado es una persona; la materia es el pueblo; la forma es el poder; la unión hipostática entre el pueblo y el poder de la persona del estado. Y esa unión no es la ley constitucional, no es la ley escrita. Afirmar que la constitución es la unión entre el poder y el pueblo sería admitir el mediador plástico, o substancia intermedia para unir el alma y el cuerpo. No es tan poco el movimiento ordenado, por que el orden filosóficamente considerado no es la vida, si no un signo de vida, por que el orden no es la salud si no un signo de salud. Así como en un hombre la salud es signo de vida, pero no la vida misma, así, el orden en el estado no es la vida del mismo, si no una manifestación de la vida del estado. La doctrina armónica es la armonía prestablecida de Leibniz. Mas la unión no es así. La unión es hipostática, de la que resulta, metafísicamente la persona con vida. Si falta la materia no hay estado, si falta el poder tampoco hay estado. Tan preciso es el uno como el otro. Por eso el pueblo no es para el poder ni el poder es para el pueblo, sino que ambos unidos son para el estado, y así de esa unión hipostática resulta la persona del estado con derechos y deberes recíprocos entre ambos elementos sustanciales. Por parte del pueblo la obediencia y por parte del poder la recta y prudente gobernación.

Bajo este punto de vista la Corona de Cristo es la más grande; porque esa Corona, ese poder, no es la forma sustancial de éste o aquél estado, sino que es la forma sustancial del mundo cristiano, del pueblo fiel, uno y todo entero convivían los maestros Krausistas. El pueblo cristiano vive con Cristo y en Cristo; ya lo decía el Apóstol San Pablo: «En él nos movemos, vivimos y somos». Cristo es la forma sustancial de la Iglesia y como la Iglesia fundada, sostenida y vivificada por Jesús es la mayor institución del mundo; por eso la Corona de Cristo es la más grande, la más firme y la más verdadera. Esta es la verdadera filosofía, es la que nos dice el Evangelista San Juan diciendo a los pueblos: «Debes obedecer al poder» y dice al poder: «No eres absoluto porque eres propietario y has de dar cuenta del ejercicio de tu función a Dios, o sea a Cristo; porque el poder legítimamente y en propiedad es suyo y de él sólo es el precario. Por eso se dice en el libro de los proveyores capítulo 6.º versículo 15 «Por mí reinan



ra bien, no importa para la legitimidad de una dinastía o de un poder la ilegitimidad de un origen, por lo que ese defecto se subsana mediante el transcurso del tiempo, o sea lo que en derecho se llama la fuerza de la prescripción, y todos sabemos que por este modo se legitiman los orígenes y títulos legítimos del derecho.

No pasa así con la Corona de Cristo. También se la dan los soldados como dice el evangelista San Juan. Y los soldados tejiendo una Corona de junco la pusieron sobre sus sienes. Y debía de ser así porque los soldados son los que dan reinos y sostienen a los jefes de poder. Digan lo que quieran los partidarios del extremo civilista, los soldados han intervenido siempre e intervendrán. Por eso el primer jefe de la nación viste siempre marcial, tiene un cuarto militar, vive con los soldados, y aún los presidentes de república tienen su ayudante militar, su cuarto militar y sostienen en el poder, aunque pese a los civilistas por el elemento armado.

Pues bien, el Divino Redentor es coronado por los soldados, pero hay una diferencia inmensa. Los guerreros nombran rey al caudillo vencedor. Se enardecen con la victoria y proclaman jefe por el heroísmo. Así vemos que Alfonso Enrique es proclamado rey en Portugal, después de la batalla de Eubique; Alfonso Enrique, su primo, es proclamado emperador después de haber vencido a los musulmanes en Córdoba y Almería, y haber humillado a Portu-

está. Cristo es, por tanto, coronado Rey en el calabozo y en el patíbulo. Luego Cristo toma posesión de su reino en lugares que nadie ha tomado. Y este es un reino que nadie puede discutir ni aminorar. Luego la Corona de Cristo es distinta de la corona de los demás reyes.

Y no solo en este punto se diferencia la vida y Corona de Jesús de la vida y Corona de los demás hombres sino en otros muchos puntos y aún en sus menores detalles.

Los autores modernos de derecho político observan que todo poder humano tiene dos limitaciones, una en cuanto al tiempo y otra en cuanto al espacio. Y en cuanto al tiempo no tan sólo refiriéndonos a la persona que ejerce el poder, sino también en cuanto a toda su descendencia y dinastía. El rey aunque sea rey es hombre y por tanto ha de morir y dejar de ser gobernante; pero en cuanto a las dinastías podemos preguntar: ¿Dónde están aquellas poderosas dinastías Caldeo Babilónicas? ¿Dónde están las dinastías egipcias de los reyes de Teba, y de los reyes pastores, Oipso? ¿Dónde el poder de las dinastías del poder asombroso de Filipo y Alejandro? ¿Dónde el poder y la dinastía de César y de Augusto? ¿Dónde el poder de los merovingios? Contestarán los Calvinistas: a la dinastía de Calovincia sucederá la de los Capetos, y la de éstos acabará cuando muere en el patíbulo el desgraciado Luis XVI. Recientemente ha acabado la dinastía de los Hollor-

los reyes, y los legisladores decretan las cosas justas.

Pero no es solo la Corona de Cristo la primera; y el tipo del poder por las reflexiones expuestas, lo es también por su ilimitación en el espacio. Ya lo hemos dicho, el poder de un estado se limita por el tiempo y por el espacio; la soberanía de un reinado no va más allá de los límites del territorio; la de Cristo no se determina en un lugar ni nación; se extiende al mundo entero. Cristo no es Rey de España, o Francia, ni solo de Roma o Bizancio; es rey del mundo.

El magnífico poeta Adelardo López de Ayala decía en su elegía al dos de Mayo:

«Desde la patria que inmoló sus hijos en cruda guerra, hasta el Sol que tornasola no hay un pedazo de tierra, sin una tumba española».

Yo que por desgracia no soy poeta me atrevo a decir:

«Desde Oriente al Occidente, del Polo Norte al del Sur, no hay un pedazo de tierra sin un trono de Jesús».

Ya dijo Dios en el libro de Malaquías cap. 1.º ver. 11: «En todo lugar se ofrecerá en mi nombre un sacrificio limpio». Sin duda alguna se refería a Jesús, que reina y pone su Corona en todas partes, que no tiene límites ni fronteras. Que no se entienda, ni merma por las distancias, Cristo es rey, su Corona se levanta no en este o aquél lugar, sino en todo él.

Ahora mismo se están celebrando misas, y por tanto proclamando el reinado de Jesús, en las regiones más apartadas unas de otras; en los barcos que navegan, en las aldeas más solitarias, en todas partes hay un trono y una corona de Jesús. En esto se diferencia el reinado del divino rey de los demás reinados.

Ha sido una aspiración de los grandes reyes y conquistadores la monarquía universal, mandar en todo el mundo; pero en vano, Dios dispuso que los estados fueran particulares, independientes unos de otros, aunque armónicamente asociados, por eso la aspiración a dominar en todo el mundo o al menos en gran parte de él, es una quimera irrealizable. Por eso a la muerte de Alejandro, quien formó el más vasto imperio de la antigüedad, todo se deshace y se forma el reino de Egipto con Tolomeo; Leonato se alza con la Persia; Antigono con la Trigia, la Licia y la Panfilia; Antipater y Crátero con la Macedonia; Laomadon con la Siria. En suma, aquella enorme monarquía se derrumba y se forman multitud de estados que le hacen luego la guerra.

Igual pasó con Roma: dueña del mundo aspira a una monarquía universal. Teodosio luego divide sus estados, pero ni aún esto es suficiente; los godos primero, los erulos y longobardos, los francos y sajones, en suma los pueblos bárbaros destruyen aquel soberbio estado y se forman las naciones europeas. Otro rey soñador de este poder universal fue Carlos Magno, y ocurrió lo mismo. A su muerte uno se adueña de Francia, otro de Alemania y todo se desmorona y se divide.

Pero vengamos a nuestra propia caso. Después de Carlos I, que también soñaba con esa monarquía universal, le sucede Felipe II el Prudente. Llegó a dominar en tantos estados que exclamaba: «En mis estados nunca se pone el sol». Pues preguntemos: ¿cómo quedaron esos territorios en tiempo de su hijo y descendientes Felipe III, Felipe IV y Carlos II? En nuestros días aquella monarquía está reducida a una parte de las penínsulas, y aún en esta porción tenemos unos huéspedes que en Gibraltar limitan nuestra soberanía. Es decir, no hay una monarquía humana que sea universal. Sólo la monarquía de Cristo, sólo su Corona reina en todo el mundo. Y lo más admirable del caso es que cada pueblo para conservarse en sus límites de rocha millones, saca millares de pobres jóvenes de sus hogares para vestirlos de soldados, pero en vano. Cada nación se fabrica barcos, se funden cañones, se inventan explosivos y cuando leemos las conferencias de paz y las asociaciones internacionales nos parece, y es lo cierto, que cada pueblo, cada jefe, cada embajador de esas naciones mientras habla de paz, de fraternidad, dice en el fondo de su alma mirando al estado que le estorba y humilla: «Debido esto Cartago». Hay que borrar a Cartago. No creo pasa otra cosa en la suerte de los estados centrales. Nada; no hay monarquía universal para los hombres y los pueblos; sólo hay una, la de Cristo. Cristo que reina sin ejércitos, sin aeronaves, sin escuadras, sin quintas, sin cañones, sin ametralladoras. Cristo que reina en todo el mundo, porque reina en el corazón de los hombres de todos los países.

Esta manera y modo de ofrecerse la vida de Jesús, humillado y escarnecido en el momento de su coronación, grande, sublime y divino, después de su muerte, no es más que la continuada nunca interrumpida de la manifestación de la hermosa vida de Cristo.

El Redentor divino oculta constantemente su divinidad y aparece humillado, y es que en estas humillaciones manifiesta que es hombre, más pronto se ofrece a la consideración humana con una fuerza irresistible, y entonces nos manifiesta que es Dios, y que da un mérito infinito a sus sufrimientos y humillaciones como hombre; y así convenia, porque como hombre merece, y como Dios avalora el mérito de sus oprobios y abatimientos.

Jesús es coronado por modo de escarnio y burla en Jerusalén por unos estúpidos soldados; es reconocido como rey por su gobernador, el que ya no se burla, y que tiembla ante aquel hombre misterioso al que condena bien a su pesar, y por cobardía, pero confirma la corona entregada y puesta por los soldados, y luego el mundo entero le encarga de reconocer la Corona de Cristo. Apenas si ha muerto Jesús y San Pedro lleva la Corona de Jesús a la misma Roma. Teodosio la pone en el Capitolio, Constantino en Oriente. El emperador de los romanos la confirma al hacerse coronar rey y emperador por el vicario de Cristo.

Pelayo la pone en el Valle de Valdehorres, Alfonso VIII en las Navas, San Fernando en Córdoba y Sevilla. Colón en Guanahani (América) y Fernando V en la Torre de la Vela. Esta Corona es defendida por millones de fieles que mueren por confesarla, y que mueren al modo que sólo mueren los discípulos de Cristo, o sea perdonando y rogando por sus verdugos; es defendida y predicada por innumerables batallones que no usan armas, y si solo por su celo, su fe, su abnegación; ahí están los Beneditinos, los Agustinos, Carmelitas, Franciscanos, y los Benditos hijos de Loyola. Ese Trono, esa Corona, la pone en el Japón el navarro San Francisco Javier; en las repúblicas americanas del Sur el hijo de Montilla Francisco Solano. En una palabra esa Corona pasa y se coloca triunfante en todos los ámbitos y rincones del mundo.

Y es de ver lo que aconteció y sucede con los que renegaron de la Corona de Jesús. Los desgraciados judíos no quieren a Cristo por rey, y como triste consiguiente a su negativa se ven en sus derrotas obligados a reconocerlo. Cristo los dispersa, y los pueblos todos los odian, persiguen y destierran. Ese pueblo, antes privilegiado, desde que niega a Jesús es maldito, perseguido y despreciado. No ya por los cristianos, sin por toda la humanidad. No tienen patria, ni nación, ni estado, son judíos y con eso basta, son perseguidos por los Almohades, por los Berberes, por los mismos hereges. Viven despreciados, y eso que en ellos hay hombres tan grandes y tan dignos como un Hassay, un Averroes, un Abcebron, un Maimónides, un Abentofail, un Samuel, en fin hombres de mérito extraordinario. Son los millonarios del mundo; su banca es soberbia hasta el punto que un escritor francés ha escrito, y con razón, la obra «Europa judía» y mejor pudiera decirse la «América del Norte judía»; todo en balde; no tienen caudillo, no tienen jefe que los dirija, y por ende en todas partes los derrotan. Muerto el general se dispersan los soldados. De este modo el pueblo judío, que dijo: «Nuestro rey es el César», reconoce la Corona de Cristo, porque como ellos le negaron el mundo los abate y desprecia.

Al contrario acontece con los pueblos que tienen por rey a Cristo. Bien podemos decir que la más grande, la especial corona es la de Cristo; la más universal, la más cierta. Qué bien se cumplen las palabras del Apóstol San Pablo, en su carta a los Filipenses, cap. 2.º ver. 10. «Ante Jesús todo se arrodilla, el cielo, la tierra y los infiernos». Esa corona se impone premiando a los unos, domando y venciendo a los otros. Se impuso, se impone y se impondrá. Digamos hoy 29 de Marzo que hace 1929 que fue coronado Cristo con esa Corona tan dura como gloriosa. ¡Viva Cristo Rey!

Berenguer Ramón.
Córdoba 29 de Marzo de 1929.

En atención a la festividad del día de hoy y observando la costumbre establecida por casi toda la Prensa, mañana no se publicará este periódico.

LA MUERTE DE JESÚS

Rogando al cielo entre los dos ladrones se alza en la Cruz el Redentor del mundo y del Calvario aljese iracundo el impío tropel con los sayones.

Allí, la Madre, al ver las convulsiones que estremecen al Hijo moribundo, siente en el alma un dolor tan profundo que llena hasta las cénicas mansiones.

Y confundidas con su lloro ardiente corren espesas gotas purpúreas por la faz de la Víctima inocente;

al par que las visjeras glándulas con las alas besándole la frente se acercan a quitarle las espinas.

G. Belmonte Müller.

Puerta de la vida

Jesús expira en el madero santo de la Cruz, perdonando a sus implacables enemigos; la furia del infierno no ha podido impedir la redención del hombre; pues el fuerte armado ha sido vencido con la humildad del Mártir Divino que venció la soberbia y la venganza probando su poder e infinita sabiduría.

La tierra tiembla con horribles trepidaciones, el sol pierde su luz resplandeciente, los muertos resucitan y se rasga el velo del templo, huyendo cobardemente sus infames sacerdotes.

Todo es terror en la desgraciada Jerusalén, desde que se consumó el terrible deicidio que sería expiado por un pueblo ingrato en el largo espacio de los siglos.

Cuando las negras sombras invaden el Calvario, un soldado avanza hasta la Cruz, donde pende el fruto de la redención del mundo y con lanza cruel abre su divino corazón, quedando abierta para todos los hombres la puerta de la vida.

Del mismo modo que del costado de Adán fue formada la mujer, así del costado de Cristo muerto en la Cruz fue formada su Iglesia.

El amor consuma el sacrificio del Calvario para salvar y redimir a los pecadores.

El amor es el que disipa las tinieblas del pecado, fuego que destruye el frío del egoísmo, bálsamo que cura las heridas, camino que conduce al bien, estrella que orienta en el proceloso mar de las pasiones y talismán divino que vence los horrores del Averno, para salvar las almas y hacerlas herederas del Paraíso.

¿Qué confianza inspira Jesús abiertos sus brazos en la Cruz y mostrando su corazón herido para la salvación de todos!

¡Qué cruel ha sido el hombre con su Redentor!

¿Qué te hice, pueblo mío, para que me pagues con tanta ingratitud? Yo te di coronas para tus reyes y tú me coronastes de espinas; yo te di el maná del cielo y tú me distes hiel amarga para apagar mi sed; yo te colmé de bendiciones y tú me azotastes como vil esclavo. Y el pueblo deicida pagó los beneficios de Dios con la mayor crueldad.

Y al Rey inmortal de los siglos no pudieron sus infames verdugos impedir ni arrebatar su imperio, a pesar de hacerlo Rey de burlas en el Pretorio de Pilato, pues Cristo reina y vence aunque pese a los malvados y vivirá en su Iglesia hasta la consumación de los siglos.

Y todas las generaciones desfilan ante la Cruz; unos insultan a la sagrada víctima y otros le aman y compadecen; unos suben al Calvario pisando ajros, otros huyen de tan penosa senda, buscando el ancho camino del placer. Y los buenos penetran como inocentes palomas en su divino corazón, pues saben que los que participan de los dolores de Cristo serán partícipes de su gloria.

Y los malos serán como negros cuervos que no vuelven al arca santa y perecen en las turbias aguas de los pecados.

Y el tiempo vuela con veloz carrera y los hombres pasan con sus riquezas, con su soberbia, con su necio orgullo y se hunden los palacios, se marchitan las flores, se destruye la juventud, se aproxima la vejez, que es precursora de la muerte.

Y los hombres locos siguen con ciego empeño las necias ilusiones cual bellas mariposas que se convierten en polvo vano y quemar el incienso de sus energías en el altar de su egoísmo y los labios pronuncian la palabra amor y ese amor no existe, sino lo crueldad, el desamparo, el horrible materialismo.

El verdadero amor, que es la caridad, sólo procede de Dios, sólo la da Jesús, pues para eso abrió su corazón, para que se abrasaran las almas en su divino fuego.

Y la caridad es benigna, todo lo cree, todo lo sufre, todo lo espera, no busca su propio bien, sino que se alimenta del sacrificio para dar la dicha y el consuelo a los demás.

¡Qué dichosos son los que buscan en Jesús la fuente de la vida!

La caridad divina la rechaza el mundo y por esto va perdiendo la vida la moderna sociedad.

Padres sin amor, hijos rebeldes, esposos egoístas, ciudadanos sin deberes y hombres sin corazón.

¿Cómo la débil pluma puede desafiarse a los desencadenados vientos?

¿Cómo la gota de agua a las furiosas olas del revuelto y agitado mar?

¿Cómo el grano de menuda arena a los mundos que giran en el inmenso espacio y recorren incomprensibles distancias?

¿Cómo el hombre podrá luchar con el poder de Dios?

Sólo se podrá aproximar al bien infinito con la fe y la caridad, que son las alas para volar al corazón divino, vergel purísimo de bellas flores de gracia y de virtud, puerta de verdadera vida que no se acaba.

Abracemos en la Cruz al Padre que nos da su sangre, como prueba de su cariño y esa Cruz bendita nos servirá de escala para subir al cielo.

Juan Cuevas Romero,
Capellán retirado del Ejército.

Jesús no ha muerto!

Consumóse en la cumbre del Calvario la sin igual tragedia. Desoladas las pálidas mujeres yacen mudas junto a la Cruz, que ingente se levanta entre las sombras que la tierra cubren a manera de tétrica mortaja.

El universo entero se estremece y ruge en sus más íntimas entrañas, como protesta ante la muerte injusta del Redentor del mundo y de las almas.

Pero cese, oh mujeres, vuestro llanto; enjugad para siempre vuestras lágrimas. Jesús no ha muerto! Vive eternamente. Lenguas de fuego, como llamaradas de amor inmenso, llevan por el mundo su propia esencia, su doctrina santa.

No ha muerto, no. Tomás lo ha visto; de su pecho tocó la abierta llaga; sus discípulos ya pueblan el mundo al eco del sermón de la montaña.

Jesús no ha muerto, no! Vive pujante en la sangre polfíca y sagrada de legiones de mártires que siguen de sus pasos la estela soberana. En el camino de Damasco, Saulo oyó su voz entre fulgente llama y en todas las regiones de la tierra su efígie triunfadora se agiganta.

¡Es la dueña del mundo! Sus conquistas ya no encuentran ni límites ni trabas; todos los labios vitorean su nombre; la sombra de la Cruz todo lo abarca, llena los pechos, ilumina el genio, surge en los tronos, brilla en las espadas.

Jesús no ha muerto! ¡Su silueta augusta

refulge sobre el Gólgota. ¡Mirad! No aparece en la Cruz yerto y exangüe, sino vivo y triunfante entre aboradas de luz inmensa, deslumbrante nimbo de su gloria inmortal. De allí nos llama.

Son sus manos amantes que se extienden como en la propia Cruz, más no clavadas:

son brazos paternales que se abren y al mundo entero con amor abrazan.

Jesús no ha muerto, no! ¡Reina y permanece en lo más hondo de las almas!

Antonio Ramírez

La Parasceve o Viernes Santo

Dedicado al Excmo. Cabildo Catedral de Córdoba y a su benemérito Prelado

El viernes Santo se llamó antiguamente Parasceve, que quiere decir preparación, con relación al día de la Resurrección del Señor. San Agustín observa que según el sentir de la Iglesia, los Apóstoles establecieron la fiesta en honor de la Pasión del Señor; la cual se celebraba con ayunos y obras de piedad.

Tertuliano llamó al Viernes Santo Pascua, porque en ella se inmóvó por nosotros el blanco cordero, Jesucristo, estando figurada la muerte de Cristo en la Pascua Judía.

Como día de tristeza los primitivos fieles no se daban en sus sermones el ósculo de paz.

En muchas iglesias, según refiere Gregorio Tronense, los oficios de este día se tenían a la media noche, como los de la Natividad de Cristo, en razón a la Vigilia del Sepulcro del Señor, y de aquí le vino también el nombre de Tinieblas, y por ello las luces de las iglesias se iban apagando paulatinamente.

Según el Orden Romano, tanto en este día como en el anterior no se usaban campanas para congregar a los fieles sino estruendo de tablas, motivado a la tristeza por la muerte del Salvador, cuyos usos perduran todavía en la Iglesia.

El no tocar las campanas significa en sentido místico el temor y fuga de los Apóstoles, cuando Jesús cayó en manos de los Judíos, pues sabido es que las campanas son imágenes de los pastores de la grey cristiana y de los Apóstoles.

Cuando el Obispo o el celebrante se acercaban al altar en este día lo besaban, como figura del Trono de la Divina Majestad y entonces el Diácono gritaba a grandes voces: ¡Hincamos las rodillas! y después ¡Levantamos!

Las oraciones solemnes de este día se tienen desde los tiempos más antiguos, según el testimonio de San Agustín, San Celestino, Papa, San Próspero y San León. La procesión solemne para traer la Eucaristía desde la Sacristía o Monumento se menciona en el Orden Romano de Cayetano y la adoración de la Cruz, aunque no fuese la verdadera, la cita también Amalario.

Durante los oficios de este día, tanto los pontífices como los clérigos tenían los pies descalzos, usando el Obispo casulla encarnada, en recuerdo de la sangre de Cristo derramada, y mitra sencilla y los demás ministros alba solamente. Los altares estaban desprovistos de toda clase de adornos, cubiertos solamente con un paño blanco, para indicar, como dice Rabazo Mauro, la completa desnudez de Jesucristo pendiente de la Cruz. Sobre el altar no se encendían candelabros en significación del eclipse de los astros en la muerte del Salvador, que trajeron consigo las tinieblas terrestres.

El Papa en este día salía de su palacio del Vaticano, con los pies descalzos, acompañado de la Corte Pontificia, dirigiéndose a la Basílica de la Santa Cruz de Jerusalén en Roma, donde estaba depositado un gran pe-

AL DIVINO MAESTRO

A Tí, que en el dolor de la agonía perdonas al que hacerte agravios quiere, paloma que prefiere tu dulce compañía, blando viento, suave acento, bruma, nota, gota, pluma, flor,

A Tí se acerca mi alma, oh, Redentor! Quiero tu amparo porque tengo herida de angustia la existencia, porque fue mi bondad escarnecida; que es desgracia tener sana conciencia cuando está en su reinado la podrida.

Los hombres, en sus pechos, el eco de tu noble voz ahogaron; y aquellos que jamás tu nombre amaron hoy dicen que defienden tus derechos.

Cerrada está la puerta de los que gozan, a la hambrienta vida; la piedad en las almas quedó muerta y el Lázaro del bien ya no despierta ni llora Magdalena arrepentida.

Humilde Nazareno que un tiempo, con tus manos milagrosas, hiciste brotar rosas en el cieno.

El del sublime canto que, con potencia extraña, llevó su ritmo santo de amores, desde el llano a la montaña.

Para curar mi pena sé Tú la clara fuente en el camino; la mano que, serena, me aparte del mundano desatino; sombra de árbol divino en la candente arena;

en el bosque, la brisa, el ave, el trino; y el blanco pan y el vino de mi cena.

Enséñame tu ciencia, que del cielo tan sólo venir pudo; y en el combate rudo

que he de librar en este pobre suelo, dame el valor de despreciar perdidas que tienen sus cimientos en el lodo, la gloria de sufrir odios y envidias y la fortuna de olvidarlo todo.

Francisco Arevalo.

EL DOLOR DE MARIA

LEMA: GRANOR EN EL DOLOR

Con el alma transida por la pena, con el rostro bañado por las lágrimas, con el pecho ategado de amargura por horribles martirios torturada.

Así camina la Mujer más grande que vio la luz sobre la tierra ingrata; así camina la Mujer sublime, la Virgen pura, la Mujer sin mancha.

Va tras su Hijo que con un madero sobre los hombros al Calvario marcha. Va tras de aquel que verterá su sangre para lograr la Redención humana.

Lo vio caer bajo la cruz tres veces, lo vio azotado con horrible saña; lo vio sangrando su divino cuerpo mientras frío sudor su faz bañaba.

Y objetó fue de repugnantes burlas fue flagelado de manera bárbara sin lazar un lamento ni una queja ni una protesta contra aquella infamia.

Y Ella sufría sin tener consuelo, sin que apiadado nadie la amparara; en espantosa soledad sumida, mientras su amante corazón sangraba.

Llegó al Calvario su Divino Hijo extenuado por la enorme carga, livido el rostro, ensangrentado, yerto, con las sienes de espinas coronadas.

Y allí, tendido sobre aquel madero sus pies y manos sin piedad taladraron y una corona de punzante espinas sobre las sienes con furor le clavaron.

Y aquella Madre tan terrible escena contempla como mártir resignada.

Sobre la cima del desnudo Gólgota, el árbol santo de la cruz se alza y Jesús abre sus divinos labios y de amor y perdón dice palabras.

El gran maestro que sembró en el mundo las más hermosas sabias enseñanzas, quiere sellar el libro de su vida con su sangre inocente, inmaculada.

Todos huyeron, todos le dejaron y al verse sólo, con voz exclamó: Sed tengo, Padre, de sufrir más penas, sed tengo, Padre, de salvar las almas.

Pasan instantes de suprema angustia, Cristo en los Cielos fija su mirada, entrega al Padre su Divino Espíritu y logra así la redención humana.

Nubes oscuras el espacio cubren, el sol se oculta, la tórmenta brama, la noche llega, las sepulcros se abren y hasta las rocas duras se quebrantan; corren las turbas de pavor temblando, y a Jesús todos como a Dios proclaman.

La tierra tiembla; sólo se halla inmóvil al pie de Cristo, cual divina estatua, la Virgen Pura, la sin par Doncella, la excelsa mártir, la Mujer más santa.

Se consumió el sublime Sacrificio, hay un infame que su lanza clavó del Redentor divino en el costado y de él brotan de amor hermosas lágrimas.

Entre el silencio que en el monte reina se oye aleteo de celestes alas; son de los Angeles que a Jesús rodean y el llanto enjugan a su Madre Santa.

Antonio Fernández Cantero.

A la Virgen de los Dolores

(PLEGARIA)

¡Madre, dame tu gracia, que de ella necesito, ya que agoté en la lucha la esencia de mi vial. Tú, que eres Soberana del Dolor infinito, de mi dolor constante, cierra la abierta herida. A Ti llega mi alma, humilde y abatida, protégela, Señora, con tu aliento bendito; sácala del tormento, donde yacé rendida; te lo pido de hinojos, rev. rente y conrito. ¡Madre, dame tu gracia: con ella seré fuerte, triunfaré del pecado y de la eterna Muerte! ¡Madre, claro y fecundo manantial de consuelo! Cuando deje esta vida, falaz y transitoria, cúbreme con tu manto y llévame a tu Gloria, ¡la Gloria donde moras, como Reina del Cielo!

Antonio Arévalo.

Córdoba, 1929.

DIVINAS PALABRAS

Cuando Jesucristo vino a la tierra, con su palabra dulce y balsámica dijo: «Id a los festines, mas no como lobos hambrientos, con el fin único de alcanzar la presa en disputas que os llenen de vergüenza. Id a los festines, mas como hermanos. ¡Vamos: Abrazaos todos! ¡En verdad os digo que sólo en ese abrazo encontrareis la felicidad!»

Con estas hermosas palabras quiso Jesús despertar en las conciencias humanas un concepto ideal de fraternidad. La caridad, el amor, la alegría, la abnegación, el desinterés, la bondad, la generosidad, la inocencia, todas las virtudes, en fin, que hacen a los hombres verdaderamente felices. Desde que el hombre al transgredir en el Paraíso la ley divina se juzgó perdido, cuando se vio obligado a mirar la tierra como un lugar de suplicio, condenado a morir; mitigado el horror de la muerte por el consuelo de su prometida redención, siente una fuerza avasalladora que lo empuja siempre hacia adelante en busca de algo que sea el complemento y término final de los anhelos, de las aspiraciones de Verdad, de Bien y de Belleza que se levantan de continuo en nuestras almas como se levantan las claridades del alba de los horizontes envueltos en las tinieblas de la noche. Todos sentimos hambre de perfección y de progreso, a todos nos devora la sed de la verdad, todos suspiramos por una vida donde los ojos no lloren ni el corazón se cubra con las lágrimas del dolor como los campos en invierno, sino se corone con las guirnaldas de una primavera perpetua. En la doctrina del Divino Maestro encuentran solución adecuada todos los problemas que puedan presentarse a los ojos de todos los hombres y de todas las sociedades por esos hombres constituidas.

Y que todos los problemas tienen solución en las doctrinas de Jesucristo lo demuestran bien claramente las enseñanzas que nos legó Jesús: fue la voz más alta que ha resonado en la tierra; rezando al dolor, rezó al amor; y tan altisonante que, por el dolor hizo del amor una religión de absoluto equilibrio, esencialmente divina, que transforma lo malo en justo, lo relativo en absoluto y lo finito en infinito.

Nada pueden los sofismas capciosos, ni las habilidades de raciocinios falsos contra enseñanzas trascendentales de aquel que dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida».

«El camino, la verdad, la vida...!» He ahí los tres puntos que marcan el círculo en redor del cual giran todas las aspiraciones del alma humana.

¡Ay de los pueblos que no quieren ver que tienen delante de sí, desnudos, como espadas prontas a traspasarlos, las ásperas realidades que la Historia abre siempre en determinados periodos, cuando la Humanidad camina por mezuquinos raciocinios, por senderos diversos de los señalados por nuestro Redentor!

Las atmósferas artificiales que el siglo pasado creó a la inteligencia y al alma de las naciones que se llamaron civilizaciones envenenaron el mundo y fue el espíritu europeo que las creó, quien contribuyó a que aquellas teorías deslumbradoras y de funestos resultados futuros se esparciesen lentamente por los continentes. Hoy, ese mismo espíritu europeo se rebela contra esas teorías, como un asfijado que dentro de un ambiente deletéreo, desesperadamente se esfuerza por conseguir aire puro.

La Enciclopedia francesa, engendrada en el libre examen de la Reforma luterana produjo la catástrofe de la Revolución, cuyos resultados tocaban todavía las generaciones contemporáneas, que agitados por frecuentes perturbaciones sociales y morales buscan refugio en el seno de la religión, apelando a la dulce verdad de la Redención. Jesucristo es el camino y el que marche por él tiene que despojarse de la soberbia que ciega a los necios y los hace creerse seres superiores. Cristo nos enseñó con el ejemplo que hay que tratar a los hombres, nuestros hermanos, con dulzura, emulando al virtuoso y al

sabio, aconsejando bien y compadeciendo al caído, al débil, al ignorante; y mientras cerremos los oídos y no queramos escuchar estas sublimes enseñanzas, los hombres se seguirán peleando por el oro, por el goce, por la ambición, por dominar, por subyugar a sus semejantes, los hombres se seguirán matando unos a otros como fieras rabiosas, la bestia estará en ellos, a ratos dormida y a ratos en celo, las guerras seguirán devorando vidas y arrasando ciudades por los siglos de los siglos; y el grande, el tremendo problema de la Humanidad doliente y fratricida será, en efecto, un problema insoluble, pero no para Jesús que dió las normas únicas y verdaderas para resolverlo, sino para aquellos que a Jesús no escuchan y van a los festines como lobos hambrientos, con el único fin de alcanzar la presa en disputas que los llenen de vergüenza. Van a los festines a confirmar las teorías del filósofo heterodoxo que sustentaba que «homo homini lupus». El hombre es para el hombre un lobo.

José Villa.

II Misterio doloroso: Los azotes que recibió Jesús atado a la columna

«Perdónanos, Jesús... Bárbaramente tu cuerpo azota la ceguera humana. Perdona, en tu grandeza soberana, que el culpable suplicie al Inocente.»

«Misterio de dolor!... Eternamente, hoy como ayer, lo mismo que mañana la sangre generosa que en Ti mana es Jordán redentor para el creyente.»

«Perdónanos, Jesús! Son tus dolores compendio del Amor de los amores que arrastra escarnio, bafa, latigazos...»

Fieramente te azota la torpeza, y es tan alta y divina tu grandeza que abiertos siguen tus amantes brazos.

M. R. B'anco Belmonte.

En el Calvario

«El Calvario!... ¡La Cruz!... ¡Jerusalén!... Y he aquí que al escribir estas palabras evocadoras, ante mí se aparece bajo un reverberante cielo azul la tierra mesiánica del Oriente, la de las teogonías, la de los misterios, la más sagrada y religiosa tierra del universo mundo. La Galilea, con su humilde ciudad de Nazareth, la de los grandes destinos y la risueña llanura de Esdrelón; y sus mares, los de las milagrosas pescas, cual el de Tiberiades, y su monte, el de las divinas transfiguraciones; el Tabor y sus gráciles colinas, y sus valles perennemente verdes; Caná, donde Cristo obró el primer milagro en nupcial convite del que habla el evangelista San Juan; el territorio de Decápolis, la Idumea, Bethsaida, Samaria, las aldehuelas de los alrededores de Cosarea de Philipos; el lago de Genesareth, Cafarnaum, ciudad de próspero comercio a las orillas del Tiberiades; la Judea, austera, inhóspita, de paramia salvaje, de grises y melancólicas lontananzas, de rocosos montes, de bravíos torrentes, que aún guardan la voz de los profetas. Y Jerusalén, la ciudad misteriosa, bajo el horizonte más ilustre que tiene el mundo, con su cercano valle de Cedrón, sin pozos ni cisternas, vestido de tinieblas, sembrado de cenizas y de sepulcros.»

Y Cristo está allí puesto en la cruz en medio de los dos famosos ladrones: Dimas y Gestas; uno a la derecha y otro a la izquierda, sobre la cumbre del Calvario. Y sobre su cabeza que se inclina en la postrer hora de su agonía—«et inclinato capite tradidit spiritum», dirá el evangelista San Juan en el capítulo XV, III, —un cielo implacable, de livor trágico, abierto por el relámpago y el rayo, al soplo ardiente de la tempestad, entre el fragor del huracán que parte las piedras y agrieta las rocas, y el rumor sordo, cual el de la mar puesta en tumulto, de las hebreas turbas, de los príncipes, de los ancianos, de los consejeros del Sanhedrin, de los rabinos del Talmud, de los fariseos, de los escribas y los doctores de la Ley, que van, que vienen, que se entrecrocaban a modo de oleajes en torno de las cruces, o que se paran, sombríos, absortos, recogiendo sus mantos y albornocees debajo

de los brazos cruzados. Y blasfemante al divino reo los que pasaban, meneando la cabeza y diciendo: «En, tú, que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo. Si eres hijo de Dios desciende de la cruz. (San Mateo, XX, VLL).»

«¡Vere Filino Doi erat istel...» cuando nuestra vista penetra en los profundos cielos estrellados—ha dicho un gran apologeta.—llega a veces a distancias apenas calculables, pero el pensamiento va más allá, mucho más allá, y se abisma y se pierde en las inmensas lejanías sidereas. Nuestros ojos descubren un punto último luminoso, es decir, un límite, y se detienen; no pasan de ahí!

«Pero ni el pensamiento ni la mirada de los siglos, por más que escudriñen y avizoren, pueden allanar un límite en la magnificencia altísima y gloriosísima, eterna e infinita de Cristo Jesús, y de Cristo Jesús puesto en la Cruz, esa santa, esa bendita Cruz que es a modo del Ecuador espiritual entre los dos polos del tiempo; entre el comienzo y la serie y el fin y acabamiento de las edades!»

«¡Rabbi adorado, Maestro bueno, Cristo Jesús!... Sobre tu obra de redención, de amor, de justicia y de paz; y sobre la Cruz en que estás enclavado ahí en el Calvario ¡qué vientos de tempestad y desolación no han soplado, implacables y bramadores, apenas tu ascendiste al Padre; y apenas esa bendita Cruz comenzó a cobijar con su próspera sombra a pueblos y naciones!»

«¡Y qué espectáculo! Aquí, en estos hondos y oscuros valles del gran dolor; aquí, donde todo naufraga y se anega todo en los férvidos oleajes, y en los continuos e incesantes renovaciones del humano espíritu; en esta inmensa y pavorosa necrópolis de la Historia, en la cual yacen sin la esperanza de la resurrección, tantas civilizaciones y revelaciones pretéritas, raídas de la hez de la tierra; aquí, donde todo vive en el tiempo, en este nuestro mundo de vidas prestadas, y de precarias existencias de un día, está en pie y lo estará siempre todo aquello a lo que dió vida, con sus inspiraciones, con sus alientos, con sus palabras el pobre ajusticiado entre dos ladrones en el Calvario, el humilde Nazareno sin amparo, en el postrer instante amarguísimo de la mortal vida y sobre cuyas vestiduras maculadas por el polvo de todos los caminos, echaron suerte los romanos de la cohorte romana. (San Mateo, XXVII, 5), el oprobado en la calle de la Amargura y en el Pretorio, el Divino Mártir que por nosotros «et propter nostram salutem», se inmoló en la Cruz.»

«El mundo en los días nuestros está vuelto a un paganismo tal vez peor que el de los días antiguos» ha podido escribir el omniscio religioso alemán Alberto Maria Wois en su «Apologie des Christenthums» «¡Qué gran verdad lo que Wois dice!... ¿Y hasta cuándo?... Quiera el mundo volver a oír y a practicar las sublimes y redentoras enseñanzas de la Cruz, y el mundo entonces será salvado. Ad lucem por Crucem. Por la luz y la Cruz; y a la verdad, al bien, a la justicia, y a la paz dulcísima del corazón, y a la persona por entre los hijos de los hombres.»

Adolfo Sandoval

EN EL CALVARIO

Antes de morir Jesús a sus verdugos perdona. Tiene sed y al pedir agua alárgale en una esponja hiel y vinagre que El con gran mansedumbre toma.

Mira al pie de aquel madero muy afligida y llorosa a su madre que a no ser porque en tan grande congoja el cielo la auxiliara, de dolor estaría loca o muerta. Ve que al pasar los soldados de El se mofan diciendo: «a otros salvó, por qué no se salva ahora».

Nadie amigo le acompaña: tres mujeres se ven solas y Juan, discípulo amado, que sufren, callan y lloran. ¿Dónde están, Jesús, los ciegos a que diste vida ahora? ¿Dónde enfermos y tullidos? Los que oyeron de tu boca palabras de de vida eterna, ¿dónde están? Y ¡las personas que alimentastes en el campo por un milagro ¿do moran?»

Cuando todo era triunfos te aclamaban. Hoy a solas te dejan que en esa cruz sufras muerte deshonrosa. Quizás el que recibí de beneficios gran copia, ahora con ludibrio haga de tu muerte cruel mofa.

Todos hemos recibido vida, provechos y honra de tu Redención y todos dejamos tu Madre a solas o aumentamos su dolor al pecar a todas horas.

Daniel Aguilera.

Sinite parvulos venire ad me

A partir del instante solemne en que termina su heroica y dilatada abstinencia por los lugares desérticos, Cristo no es ya sino una llama agitada y vigorosa que incendia e ilumina el territorio judaico. Su actividad no tiene límites: vémosle recorrer infatigable regiones enteras; ante El retroceden el hambre y el dolor y la muerte; los espíritus inmundos tiemblan en el fondo de sus víctimas; los vientos y las aguas se pliegan, como lebreles, a sus mandatos... el milagro surge en él como una flor de divinidad. Habla en parábolas, y es, alternativamente, profético, sugestivo, magnífico o arrebatador; todos quieren oírlo; todos le siguen; nadie dejará de hallar en El guía, ayuda y consolación, porque El es siempre suave, compasivo, indulgente, aún con los más grandes pecadores... pero su sonrisa más tierna es para la infancia.

En efecto; nada le es tan agradable ni conmueve tanto su corazón como el trato con los inocentes parvulos; que aún son miembros inviolados del cuerpo místico de la iglesia militante; a través de las pupilas pueriles—plenas de celeste serenidad—su mirada penetra como un beso de luz; en sus almitas—vasos de un cristal finísimo que intactos conservan el sutil perfume de la divinidad angélica—su espíritu encuentra reposo y refrigerio y replégase en ellas como en la imperturbable paz de un santuario...

Entre el fragor de sus trabajos evangélicos jamás se olvida de los niños; ellos le siguen, confundidos entre las multitudes adultas y, cuando, tras animada porfía, logran acercarse a El en una ocasión histórica, algunos pequeñuelos, prodigales todas las mieles de su afecto, todas sus ternuras y carinos.

Jamás se apagarán, bajo la cúpula del cielo, las vibraciones de su sermón de la montaña; pues bien; lo más rotundo, lo más sublime de esas palabras, son las ocho estrofas de las bienaventuranzas, que no parecen sino un canto al niño.

La parábola del grano de mostaza, la humilde simiente «que crece, y es mayor que las legumbres y se hace árbol, de modo que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas», ¿no parece hacer alusión al destino trascendental y glorioso de la niñez bien cultivada?

Pero no son necesarias sutilezas para descubrir lo que de modo tan indubitable y elocuente El mismo dejó dicho: basta hojear las aureas páginas del Evangelio, para convencernos de que Jesús les consideraba, no sólo como el objeto más digno de sus atenciones y cuidados, sino como el modelo perfecto que debíamos imitar, si aspiráramos a traspasar los luminosos umbrales del Empireo.

Cristo hace pues del niño el centro de toda una ciencia divina; dentro del párvulo late un corazón impoluto, que es necesario defender de toda corrupción; el ideal ético supremo consiste en la conservación de la pureza—verdadera salud del espíritu—; pero a esto no se llega sino por el vencimiento de nuestros más poderosos impulsos; de ahí la necesidad de una educación que nos prepare para el sacrificio...

Por eso, cuando desde lo alto de la cruz recibía los últimos ultrajes de la muchedumbre, ebria de impiedad y de sangre, aún sus pupilas débiles parecían buscar el consuelo de las miradas infantiles, y sus brazos abiertos la fragancia de aquellos pechuelos, y sus labios cárdenos el tibio contacto de aquellas mejillas tiernas, y sus oídos mustios el latir de aquellas entrañas purísimas, que aún no habían aprendido a odiar...

Magister Ignotus.



LA CRUZ

Como una encina rural en dura tierra clavada, firme a los vientos del mal y de todos olvidada; los pies en la tierra hundidos y los sentidos despiertos; el corazón florecido y los brazos siempre abiertos. [Árbol de sombra y de luz! Esta es la Cruz de Jesús, encendida de pasión, que por la Pascua Florida sangra por la abierta herida que lleva en el corazón.]

Juan Soca.

Marzo, 1929.

Herida de Jesús en el costado

Herida de Jesús en el costado que mana sangre y agua. Dulce amor, castidad, todo pureza refugio incomparable de las almas. Te he mirado, Señor, en el madero abiertas las entrañas, aguardando lleguemos a tu herida y apaguemos en ella nuestras ansias. Sangre abundante corre; foco de caridad sublime y santa a todo el que se acerca con su divino resplandor inflama. Sangre de mi Señor que al contacto surgiera de la lanza dejándonos abierta hasta su propio corazón la entrada. Yo quiero que esa sangre sobre mi pecho caiga para que en él encienda a su contacto esa divina y poderosa llama.

Herida de Jesús en el costado que mana también agua. Castidad y pureza. Belleza de las almas.

Yo quiero que abundante sobre mi pecho ensombrecido caiga para que libre quede de las sombras oscuras que le empañan.

Pecados de los hombres: al pecho de Jesús llevais la lanza, el amor que os perdona las injurias. deja que brote a su contacto el agua—castidad y pureza— con la sangre preciosa entremezclada—caridad infinita— haciendo de una llaga la puerta misteriosa sublime y sacrosanta por donde todos penetrar podemos hasta aquel corazón que así nos ama.

Paquita Montilla.

Palabras de Jesús

En verdad te digo: hoy serás conmigo en el Paraíso

Esta fue la primera palabra llena de caridad y misericordia que el Salvador habló. La segunda fue al ladrón que le confesaba por Rey y le pedía se acordase de él diciendo:

«Acuérdate, Señor, de mí, cuando estuvieres en tu Reino.» Sobre este paso, Eusebio Emiseno dice así: «En este mismo tiempo, cuando preguntado el Apóstol San Pedro por la criada del Pontífice, respondió que no conocía tal hombre, este ladrón, que no le había conocido, le confesó por Rey. ¡Cuán singular y cuán maravillosa devoción fue ésta! En aquel tiempo confesó el ladrón, cuando el discípulo escogido negó. ¿Cuánta más gloriosa cosa fue confesar el ladrón por el Rey al Salvador lleno de tormentos, que si lo viera haciendo milagros? Y por eso, no sin causa, mereció tanto. Mas veamos las palabras que dijo: «Acuérdate de mí, Señor, cuando estuvieredes en tu Reino.» No digo: «Si eres Dios, librame de presente tormento», sino: «Pues eres Dios, librame del juicio advenidero.» ¡Cuán presto el magisterio del Espíritu Santo le alumbró, por el cual, representándole el rigor de este juicio, fue su espíritu lleno de temor! Aquí confesó al Señor por el Juez del mundo y por Rey de los siglos. No había sido discípulo y ya es maestro, y de ladrón se hace confesor. «Acuérdate—dice—, Señor, de mí.» Con esta palabra alivió el dolor de sus tormentos. Y digno alivio, porque aunque la pena comenzó en el ladrón, después, por nueva manera, se vino a acabar en mártir.» Hasta aquí son palabras de Eusebio.

Maravillase también, sobre este paso, San Ambrosio, de la oración de este santo ladrón y de ver cómo llamó Rey a Cristo, viéndole padecer pena de ladrón. Porque, ¿qué insignia de Rey veía en El para llamarle por este nombre? Entendió, pues, este ladrón, que aquellas heridas que el Señor padecía no eran suyas, sino del ladrón, y por esto le comenzó a amar mucho, porque en El reconoció sus propias llagas. Porque si él creyera que aquellas heridas eran propias de Cristo, nunca le llamaría Rey. Mas porque entendió ser ajenas, le confesó por verdadero Rey. Porque ningunas insignias son más propias de Rey que padecer por el bien de sus vasallos.

Pues ¿quién, viendo esta confesión no se maravillará del abismo de las obras de Dios? Estaba el Salvador en aquella hora el más afligido y despreciado de todos los hombres, desamparado de sus discípulos, negado de Pedro, vendido de Judas, blasfemado de los judíos, escarnecido de los gentiles y casi descreído de todos; y al tiempo que los otros le descreyeron y negaron, este ladrón le adoraba, y le confiesa, y le llama Rey, diciendo: «Acuérdate, Señor, de mí, cuando estuvieredes en tu Reino.» Vélo condenado, y reconócelo por Dios; tiénelo por compañero en los tormentos, y pídele el Reino de los cielos. Los discípulos habían conversado con Cristo, y oído su maravillosa doctrina, y visto la inocencia de su vida, la alteza de sus virtudes, la grandeza de sus milagros, y con todo esto perdieron la fe en aquella sazón, y este ladrón, que nada de ello había oído, ni visto, ni sabía otra cosa sino robar, ahora sobrepujaba a los Apóstoles en la constancia y en la fortaleza y en la confesión de la fe. ¡Oh, cuánto puede el más bajo de los hombres con la gracia divina, y cuán poco puede

el mayor de todos sin ella! Por aquí verán lo que deben a Dios todos los escogidos, cuya persona representa este ladrón, los cuales son salvos por la infinita bondad y misericordia de Dios? Mira lo que pidió, y verás claro lo que creyó. No pidió nada para este siglo, sino pidió mercedes para el siglo advenidero, confesando que Aquel que estaba allí con el crucificado era poderoso para dárselas, y esto no como rogador o tercero, sino como Rey y Señor del cielo cuando por tal lo confesó. Pues ¿cómo podía un ladrón alcanzar en tal tiempo tan maravillosa luz y creer cosa al parecer tan increíble, si no fuera por especial privilegio de Dios?

Y no sólo resplandece aquí la fe, sino también humildad, compañera de la fe en esta oración. «Acuérdate—dice—, Señor, de mí, cuando estuvieredes en tu Reino; no te pido silla a la diestra ni a la siniestra, ni tampoco pido cosa para este mundo, pues tu Reino no es de este mundo, sino cuando estuvieredes en el Reino de Dios te quisiera acordar de mí; no de mis pecados, ni de mis errores, ni de los hurtos que tengo hechos, sino de que soy hombre flaco y enfermo, y criatura tuya hecha a tu imagen y semejanza. Acuérdate que por mi criaste todas las cosas, y por mí tomaste carne humana, y por mí predicaste, ayunaste, oraste, caminaste, sudaste, y por mí has trabajado toda la vida y ahora mueres en cruz. Acuérdate que pues soy un hombre, aunque pecador, soy hermano tuyo y redimido por tu sangre. No te demando grandes cosas, porque me tengo por indigno de ellas. No te oso pedir el Reino de los cielos, porque no es razón que tal pecador como yo sea recibido en tal lugar. Ni te pido que me lloves allá, siquiera para servir a aquellos celestiales ciudadanos, porque tampoco merezco esto. Solamente pido me tengas en tu memoria y no te quieras olvidar de quien quisiste tener por compañero en el tormento. No mires a mi malicia, sino a tu bondad, la cual te ha hecho abrir estas puertas de misericordia por todo ese sagrado cuerpo, a las cuales llame y doí voces como necesitado y mendigo. Por estas deseo entrar, y si me fuese posible, por ellas querría ahora los tesoros de mi gracia, y ser ladrón en la muerte como lo he sido en la vida. He visto cómo ruegas Padre por los mismos que te crucifican, con tanta clemencia, y cómo lo excusas en tu oración, diciendo que no saben lo que se hacen. Esto me da atrevimiento, aunque sea ladrón, para que ose encomendarme a ti. Pues sabes de dolores, y sientes qué cosa es estar colgado en una cruz, apídate de este pobre que así ves padecer.»

No es sola esta cruz la que me atormenta: otras tres padezco sin ésta. La una es de dolor que tengo de mi compañero, viendo que muere en su pecado, blasfemando de ti. La otra es de temor grande que tengo de las penas del infierno, debidas a mis pecados. La tercera es de compasión, viendo a ti y a tu inocentísima Madre padecer tan gran dolor. Mas con todo esto, si yo supiese que te habías de acordar de mí, todas estas cruces me serían dulces, y en medio de mis dolores me tendría por consolado.

Responde Cristo: *En verdad te digo: Hoy serás conmigo en el Paraíso.* ¡Oh maravillosa magnificencia y largueza de Dios! Mira cuánto más le dieron de lo que él pedía. El pedía estar en la memoria de Cristo, y Cristo le promete el Reino del cielo. ¿Y cuándo, si piensas? Hoy, dice; esto es, en el mismo día. ¿Y en cuya compañía? En la del mismo Cristo. «Hoy—dice—serás conmigo.» ¿Y a quién se promete esto? A un vilísimo ladrón que, por sus hurtos, padece, y poco antes, con su compañero, blasfemaba. Mas ¿por qué causa se le promete tan grande bien? Porque humildemente lo pidió. ¡Oh virtud inestimable de la sangre de Cristo, que es la que obra todas estas maravillas, y la que hace nuestras oraciones valerosas ante Dios!

Mas ¿qué mucho era que en aquel día del Viernes Santo, cuando se abrieron las puertas de todos los divinos tesoros, cuando Cristo, con tanta largueza, vertía su sangre, y rasgado sus pies y manos, derramaba por aquellas aberturas tanta abundancia de misericordia, que le alcanzase una sola gota a este ladrón? Al primer ladrón del mundo dijo Dios: «Tierra eres y en Tierra te volverás»; y al postrer ladrón del Viejo Testamento de Cristo: «Hoy serás conmigo en el Paraíso.» Mira cuán grande es la virtud de la sagrada Pasión, y cuán provechosa cosa es hablar con Cristo crucificado.

Mas no tome nadie ocasión por este ejemplo de aguardar a convertirse a la hora de la muerte, porque éste, así como fue el postrer de los milagros de Cristo, así en este género fue el mayor. Este fue un particular privilegio, que convenia para la gloria de aquel día y para declarar la virtud y eficacia de aquella celestial triaca que Dios había ordenado para remedio de los pecados. Y pues éste fue privilegio particular y no ley universal, nadie debe tomar por regla universal de todos lo que fue particular privilegio de uno.

Fray Luis de Granada.

Nuevos modelos para 1929

UN COCHE PARA LAS NECESIDADES MODERNAS



Estos nuevos modelos Graham-Paige para 1929, ofrecen una gran variedad de carrocerías, incluyendo Roadsters, Cabriolets, Coupés y Sport Phaetons, sobre cinco chassis distintos, de seis y ocho cilindros, a precios al alcance de todos. Van provistos de transmisión de cuatro velocidades, exceptuando el modelo 612.

Invitamos al público y a la industria automóvil a que examine la serie completa de los nuevos modelos Graham-Paige, de seis y ocho cilindros, provistos de su renombrada transmisión de cuatro velocidades (las dos altas silenciosas, cambio de marcha de manejo igual al corriente de tres) y con notables mejoras y refinamientos que evidencian nuestro firme propósito de perfeccionar constantemente estos coches y colocarlos a la altura de las necesidades modernas.

Joseph B. Graham
Robert C. Graham
Ray A. Graham



Sedán de cinco plazas, modelo 627

(DISTRIBUIDOR PARA LA PROVINCIA DE CORDOBA)
Gran Capitán, 26 dpdo.

GRAHAM-PAIGE

ULTIMA NOVEDAD DE PHILIPS



ARGENTA
Luz más hermosa y más decorativa para el comercio, casinos, particulares, etc

MOTORES

TRES MARCAS DE LA MAS ALTA CATEGORIA

BERNARD
Motores a gasolina de cuatro tiempos, verticales de 4 1/2 a 45 CV.

National
Motores Diesel de cuatro tiempos, horizontales y verticales, de 16 a 600 CV.

HATZ
Motores Diesel de dos tiempos, verticales, de 6 a 20 CV.

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS PARA ESPAÑA
MÚGICA, ARELLANO Y C^{IA}
INGENIEROS - PAMPLONA
ORIGEN TECNICA DE MADRID: PELIGROS, 9

Sucursal en Córdoba, Paseo del Gran Capitán, 30

Las enfermedades del

ESTÓMAGO e INTESTINOS

dolor de estómago, dispepsia, acedias y vómitos, inapetencia, diarrea, úlcera del estómago, etc., se curan positivamente con el

Elixir Estomacal SAIZ DE CARLOS

(STOMALIX)
Poderoso tónico digestivo que triunfa siempre.

Venta: Principales farmacias del mundo.

AU CORNET FRANÇAIS

Se hacen corsets sobre medida. Elegante corset forma Imperio. Fajas higiénicas para desechos y enfermedades del vientre o riñón, aprobadas por los médicos. Gran surtido en géneros de alta novedad, tanto en telas como en adornos. — Esta casa tiene los mismos adelantos de las secretarías de París.

Alfonso XIII, 35, principal. — Córdoba

Si Ud. se considera hombre práctico
Con negocio establecido, no deje de asegurar los cristales de su establecimiento o de su hogar.
¿Dónde?
UNION CATALANA es una empresa por demás recomendable.

EL COMERCIO

Camión de transportes. Faltas, facturaciones, mudanzas, viajes a los pueblos de la provincia y giras campestres. Aviles, San Pablo, 18, Córdoba

Taller de encuadernación de Francisco Nueta. Casa fundada en 1875 y trasladada a calle Santa Ana, 1, frente a Carbonell y Compañía. TELÉFONO 1-4-0

Piso. Se arrienda piso entresuelo exterior, con once habitaciones y cuarto de baño por termo-sifón y otro interior económico. Razón, Almacenes Sánchez.

Se arrienda un portal en la plaza del Pobre, 9, con dos puertas, tratada y retirada, sin la misma intervención.

Cajones usados, de todos tamaños, vende Posa, Helel, 1. Teléfono 2858.

Leña de encina. Trazada y a domicilio, se vende en la casa Carlos Hidalgo, Avenida Obispo Pérez Muñoz, sin número. Teléfono 2516.

Se desea habitación amueblada para caballero sólo. Razón, Cister, 1. (Oficinas del Pantano)

José Roldán Castro (CORTIJO DE FAUSTO)

Carros de transportes. Camioneta y carro para bocoyes. Ambrosio de Morales, 10. Teléfonos 1470 y 1657

Se vende una plantera de tres años de granados de clase imborable. Para verlos y tratar, en la huerta de Los Rosales, antes Ballesteros.

Si desea comprar muebles de lujo y económicos por la tercera parte de su valor, no deje de visitar la casa de COMPRA-VENTA, de la calle Gutiérrez de los Ríos, núm. 58, donde encontrará verdaderas gangas en muebles restaurados, mejor que semi-nuevos.

ANUNCIO. Se venden plantones de marceas de lata, Enrique Núñez Murga. Nuestra señora de Valme 42, Dos-Hermanas (Sevilla).

Se venden tres palmeras grandes, varios planas más, un paraguero, una mesa estufa y un biombo, en la calle Cardenal Toledo, 11.

CONVALECENCIA, DEBILIDAD

ANEMIA

VINO y JARABE

Deschiens a la Hemoglobina

Los Médicos proclaman que este Hierro vital de la Sangre es muy superior a la carne cruda, a los ferruginosos, etc. — Da salud y fuerza. — PARIS.

Fabrica de bordones y pulimentado de metales

JOSÉ BARRO MARTÍN

Fabricación de bordones para piano, en cobre, metal y metal plateado. Se sirven a correo seguido remitiendo muestras.
Pulimentado de herrajes de piano y toda clase de objetos de metal y cobre. Se limpian y pulimentan teclados de marfil y pasta, restituyéndolos a su primitivo color.
Forrado completo de máquinas de pianos. Chapado de teclas en marfil 1.^a, 2.^a y 3.^a, pasta de celuloide y galalith. Charolado de cajas. Cambio de clavijeros.
Reparación de instrumentos automáticos, pianolas, autopianos, autopianos orquestales y armonios.
Afinaciones: Pianos verticales 10 pesetas, pianos de cola y autopianos 15, cambio de tono 5 pesetas más.
Abono de afinación valedero por un año: Para la capital, 15 y 25 pesetas respectivamente. Para fuera, 30 y 50. Los abonados tendrán derecho a dos afinaciones al año (en la época que lo soliciten) y a reparación de cualquier desperfecto de la parte mecánica que no precise empleo de material. Es requisito indispensable el perfecto funcionamiento de los instrumentos al concertar el abono. Los abonados para fuera no se sirven sin un mínimo de cuatro abonados en cada localidad.
Abonos para teatros, colegios, cafés y demás establecimientos públicos, a precios convencionales.
Descuentos en todos los trabajos para almacenistas de música y profesionales.

Fernando Colón, 11. Teléfono 1-2-5-2
Única casa en la Provincia

SAN RAFAEL

GRAN FUNERARIA CATOLICA
ALFONSO XII, NUMERO 102
TELEFONO NUM. 2970
Rafael Vazquez Blanco. ECONOMIA Y PRONTITUD

VACAS LECHERAS. Se venden en la «Granja Kulsia». Hay vacas y novillas en producción, varias recién paridas; ganado joven y de buena clase; precio proporcionado.trato corto y formal. El comprador puede ver ordenar el ganado que vaya a comprar. Informes, tienda «El Metro», Marmol de Bañuelos 2, o en Blanco Belmonte, 80, (antes Pedregosa).

Desde el día se arrienda un local en planta baja calle de Sevilla, núm. 24, propio para oficina, despacho etc. Razón, Rodríguez Sánchez, núm. 11.

Se venden dos hermosas palmeras en la calle Ca besta, 10.

Almacén de muebles de todas clases DE **JUAN ANDUJAR**
Dormitorios y comedores en todos estilos. En casa es la que más barato vende. Gutiérrez de los Ríos, 23 24, Pedro López, 28, Córdoba.

Preciosa casa árabe. Hermosas salones chapado de sus ríos y buenas pinturas, patios, cocinas, habitaciones de lujo y agua, en la calle de los Ríos, núm. 55. Horas de 8 a 4. También dan razón, en Batalleros, 6.

Se vende un gramófono con 65 discos, una cama de matrimonio y sillones para B. r. Informar en la Plaza de Antonio Górriz, 4.

Se vende un sillón de barbero con muy buen uso. Darse razón, en la calle Ambrosio de Morales, 14, barbero.

Se alquilan dos pisos con instalación de luz y agua, en la calle Gutiérrez de los Ríos, núm. 55. Horas de 8 a 4. También dan razón, en Batalleros, 6.

PARA LOS ALTARES. Se venden número 6 cuadros de lienzo de la Pasión, tamaño una vara; también se venden otros cuadros y pinturas.

Pepita Ortega. Acreditada peluquera de señoras, se ofrece para toda clase de trabajos de peluquería. A domicilio, 1 peseta servicio. San Fernando, 65.

Se vende una mesa bufete, mesa de centro, conector completo, dros, espejo, lámpara grande con tres tulipas y p. coneras. Razón, José Zorrilla, 7.

Nuevo sistema de pozos especiales para toda clase de pozos. Se hacen por medio de un tubo de cemento armado const. uido mediante unos moldes móviles al cual se le hace bajar extrayéndole el terreno de su interior, por lo que éste encañado va haciendo entubación. Está además provisto de una escala de pates de hierro que se fijan al tubo. Este sistema novísimo de construcción de pozos para el alumbramiento de aguas, tiene, entre otras, la particularísima ventaja de hallarse siempre dispuesto a ser perforado por el mismo medio que se emplea en la construcción. Dirigirse a Antonio Flores García, calle del Horno de Porras, núm. 2, Córdoba.

Romero Mesa
Taller de Pintura
Papeles pintados desde 0.80 a 2.00 pesetas rollo de 7 metros. Infinidad de dibujos y colores para todos los gustos y estilos. Habitaciones al temple desde 15 pesetas. Rotulación y grabado sobre tela y cristal.

Dada presupuestos gratis
Santa María de Gracia, 127
TELÉFONO NÚM. 1022

LA ESTRELLA

Seguros de Incendios. — Seguros sobre la Vida. Seguros de Accidentes del Trabajo, respondiendo del riesgo de hernias y responsabilidad civil. — Seguros de paquetes por ferrocarril.
Subdirector: Antonio García. Oficinas, Barroso, 13. — Córdoba

Gran Fábrica de Somniers **SAN JOSE**
Somniers de todas clases y medidas, sin competencia posible, por su inmejorable calidad y precios.

Oficina y despacho: Jesús María, 1. Córdoba. Teléfono 241
ANTONIO DE LA TORRE VENZALA
— Se vende leña troceada a domicilio desde 10 arrobas. —

Hijo Sucesor **A. Colinet** Avenida Medina Azahara, 10. Teléfono núm. 699. — Córdoba

Depósitos para aceites, agua y alcohol de 1 a 1.500 arrobas. — Bidonés para el transporte. — Aparatos para la purificación de los aceites y toda clase de artefactos para molinos azucareros. — Utensilios para la leche.
Secciones especializadas en cocinas, termofuones, cuartos de baño, calefacciones de aguas por tuberías de hierro, hierro galvanizado y plomo. — Radiadores para automóviles, faros y guarda-barras. — Chapado. — Cristalería, vidrieras corrientes y artísticas. — Canales, bajantes, etc.
Reparaciones. — Presupuestos gratis. — Única fábrica que importa todos los materiales directos de los de Liverpool y Manchester (Inglaterra)

Gran Funeraria Católica

JOSE L. MORENO MESA Pompeyas, 7. Teléfono 2140. Córdoba
Economía y prontitud
Esta casa no tiene agentes

Se venden tres palmeras grandes, varios planas más, un paraguero, una mesa estufa y un biombo, en la calle Cardenal Toledo, 11.